

**EROS EN LA POESÍA  
DE MIGUEL HERNÁNDEZ**

**F. Komla Aggor**

**Spanish Literature Publications Company  
York, South Carolina  
1994**

## ÍNDICE

AGRADECIMIENTO	vi
SIGLAS EMPLEADAS	viii
PRÓLOGO	x
INTRODUCCIÓN	1
<b>I</b> EL AMOR EN LA VIDA DE MIGUEL HERNÁNDEZ	7
Orihuela y Miguel Hernández	
Miguel Hernández y Josefina Manresa	
Balance sintético	
<b>II</b> VERGEL, SENSUALISMO, SEXO	18
Otro motivo lunar	
El naturalismo de la mujer	
Genitalidad y sexo	
<b>III</b> «UN BARROQUISMO DE DIOS»	44
El barroco, juego de contrastes	
Teología de la sexualidad	
Crisis de la carne	
Crisis del campo	
¿Triunfo de Eros o de Dios?	
<b>IV</b> EL AMOR Y LA NEGACIÓN DE EROS	74
La presencia de Garcilaso y Bécquer	
Renovación e inversión de la simbología	
Realismo del amor	
Eros y Thanatos	
<b>V</b> GLORIFICACIÓN DE LA SEXUALIDAD	106
Una coyuntura crítica	
El combate y la transformación de Eros	
Liberación sexual, esplendor verbal	
CONCLUSIÓN	127
NOTAS	130
OBRAS CITADAS	137

## PRÓLOGO

El erotismo es una fuerza que atraviesa de polo a polo la obra de Miguel Hernández, ese hilo rojo e incandescente que le proporciona su peculiar temperatura de fusión. Gracias a ella, las palabras heredadas borran sus contornos desgastados para articularse posteriormente en metáforas, que a su vez se abovedan en estrofas para terminar erigiéndose en esos poemas que exhiben sus perfectas arquitecturas clasicistas o se desparra-man en el más desafortado versolibrismo.

No es un vector que se manifieste siempre con libertad. En un principio, la experiencia del pastor que asiste al apareamiento de las cabras queda desmentida por la educación y convivencia en una levítica Orihuela y los corsés que impone la moral provinciana. Pero ello no le impide su consideración como un factor externo, vertebrador de los ciclos de la Naturaleza, en *Perito en lunas*. En este primer ensayo de inventario global, terreno o terruño batido por buena parte de los *ismos* que había logrado asimilar la primera vanguardia española, Eros se disfraza con el deslumbrante traje de luces de las imágenes para no infundir sospechas.

Quedaba pendiente, no obstante, su exploración subjetiva. El esbozo que hizo de ella en su fragmento de novela *La tragedia de Calisto*, nos muestra lo que suponía el puro sexo de un adolescente. Se arrogaba éste una vehemencia que vino a chocar frontalmente con el ascetismo que le proponían sus mentores neocatólicos en el auto sacramental y la revista *El Gallo Crisis*. Y que se prolongaría hasta su obra de teatro *El torero más valiente* donde, en mi opinión, triunfa aún la teología y la muerte, aunque Komla Aggor tenga sus buenos motivos para pensar de otro modo.

Lo que sí resulta cierto es que en esta última obra, el influjo de Sijé ha cedido a favor del que ejercen José María de Cossío, Bergamín y Ramón Gómez de la Serna. Madrid, la capital de la República, va desplazando a Orihuela, y la interiorización de Eros, su asunción subjetiva, le va a conducir a la crisis exis-

tencial de *El rayo que no cesa* al topar con las formidables huestes de Thanatos. Ahí el erotismo empieza a cumplir un papel mucho más hondo, como fundamento de la personalidad y plataforma de la psique profunda.

Y también como basamento de una conciencia política, lo que en un plazo más o menos corto (en el caso de Miguel, cortísimo) se va a traducir en un cambio estético. No es casualidad que su iniciación en el ámbito de la Escuela de Vallecas se haga por vía erótica, una inmersión en el sexo sin coartadas, a través de Maruja Mallo. Ese es el Miguel Hernández de *Los hijos de la piedra* que—tras despeñarse por las quebradas y barrancos de los ásperos parajes de esa estética vallecana—, se desparrama, dionisiaco y panteísta, en los poemas «impuros» al contacto con Neruda y Aleixandre. Un Eros reconciliado con el Logos, en versos donde hasta las palabras, transidas de anhelo, se entrelazan sin impedimentos.

Algo le falta, sin embargo, a esa plenitud para que las piezas encajen en su sitio. Es mucha la sangre y la tragedia que exudan esos poemas impuros para tanta celebración del vino y el mar. La poesía de Hernández siempre necesitó dialogar consigo misma sobre su evolución, nada segura de los rumbos hacia los que se encaminaba. Y por eso, no hay paso decisivo de ésta que no se articule paralelamente en su teatro. Pues bien, si nos atenemos a las formas dramáticas en que va explicándose, ni siquiera en este momento pudo hallar un final feliz para las nupcias de Eros con el Pueblo. Que eso, y no otra cosa, es el trágico final de *El labrador de más aire*.

La guerra civil no hizo sino complicar ese panorama, ya nunca recompuesto del todo sino de forma muy provisional. Es verdad que la poesía de Hernández sigue expandiéndose al hacerse viento del pueblo, vibrando con las resonancias del idioma. Es cierto que desde el tálamo nupcial y sus vivencias paternas Miguel trepa por la enredadera de las generaciones hasta desembocar en lo más primigenio y ascender luego hasta las estrellas en el portentoso tríptico «Hijo de la luz y de la sombra». Pero no fue el menor de sus sinsos que esa plenitud conyugal apenas durara unos meses. Eros no constituyó ciertamente, uno de sus aliados en la soltería, y fue demasiado corto el tiempo que estuvo de su parte como casado. Les quedaba el hijo, y no era poco. Pero también murió. Se perdió aquella guerra, y otro hijo, este superviviente, fue su consuelo. Sólo él puso alas a tanta cárcel.

¿Qué papel podía jugar Eros entre rejas? El de la libertad, claro, el que había jugado siempre. Eso es lo que vino a descubrir Miguel en ese repliegue último—fetal y fatal—, entre

las páginas mínimas del cuadernillo del *Cancionero y romancero de ausencias*, en el vía crucis carcelario de sus últimos días. La libertad era algo que batía como un relámpago allá en el vientre de la mujer, puerta abierta al futuro y las generaciones habidas y venideras. Era lo único claro entre tanta tiniebla.

Este viene a ser el sugestivo itinerario que resulta de asomarse a *Eros en la poesía de Miguel Hernández*. Revisar este tema supone, como se ve, acometer una lectura de toda su obra poética. Una lectura intencionada, cabal, con criterio. Y eso es ni más ni menos lo que ha llevado a cabo en estas páginas Komla Aggor. Lo ha hecho con rigor y solidez, con honestidad y sensibilidad, enriqueciendo nuestra percepción del escritor.

Le debemos gratitud por ello. Especialmente quienes desde hace veinte años venimos dedicando muchos de nuestros afanes a editar y entender mejor a Miguel Hernández, y echamos los dientes como investigadores intentando emular el ejemplo de la primera generación de hernandianos. Y ello porque vemos emerger ahora una nueva promoción llamada a tomar relevo. Cuando se trata de hispanistas como Komla Aggor, se refuerza mi convicción de que ese testigo está en las mejores manos.

Agustín Sánchez Vidal  
Universidad de Zaragoza